

Diálogos

Diálogos - Revista do Departamento de
História e do Programa de Pós-Graduação em
História

ISSN: 1415-9945

rev-dialogos@uem.br

Universidade Estadual de Maringá
Brasil

Oviedo, Gerardo

LA IDEA DEL AMERICANISMO EN EL JOVEN JOSÉ LUIS ROMERO

Diálogos - Revista do Departamento de História e do Programa de Pós-Graduação em História, vol. 9,
núm. 3, 2005, pp. 23-29

Universidade Estadual de Maringá
Maringá, Brasil

Disponível em: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=305526547007>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

LA IDEA DEL AMERICANISMO EN EL JOVEN JOSÉ LUIS ROMERO

Gerardo Oviedo¹

Resumen. Entre 1931 y 1933 la revista Sur, fundada por Victoria Ocampo, dio lugar a un debate sobre la condición de lo americano que orbitaba en gran parte en torno a las consideraciones del filósofo visitante Hermann Keyserling. Nosotros tomamos la intervención de un joven José Luis Romero con el propósito de divisar en su lectura la influencia del americanismo arielista, procedente de Rodó, sometido a la incidencia solapada de Saúl Taborda y de Deodoro Roca, todos ellos adherentes a un clima vitalista “proto-existencial”, desde donde formulan el autoctonismo del ser americano como una esencia originaria, que hoy leeríamos más bien como “potencia” o “voluntad”.

Palabras-clave: vida; autoctonismo; esencial; concepción.

THE IDEA OF AMERICANISM IN YOUNG JOSÉ LUIS ROMERO.

Abstract. During 1931 and 1933, in magazine Sur created by Victoria Ocampo, took place a debate mostly about the considerations of the visitor philosopher Hermann Keyserling. We take the intervention of a young José Luis Romero with the purpose of appreciate in his reading the influence of an arielista americanism. He came from Rodó, submitted to he caver ap repercussion of Saúl Taborda and Deodoro Roca, all of them adherents to a vitalized “proto-existential” climate. They formulate the indigenism of being american as an original essence. Today this idea may be read as well as power or will.

Key words: Life; indigenism; esential; conception.

Nuestra lectura del texto juvenil de Romero intenta arrojar algo de luz sobre dos aspectos de su obra comúnmente opacados por su monumental producción historiográfica, aunque últimamente rescatados en estudios recientes², y de cuya aportación nos hacemos eco aquí. Lo

¹ Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales

² Véase Acha, Omar, 2005, *La trama profunda. Historia y vida en José Luis Romero*, Ed. El Cielo por Asalto, Buenos Aires.

primero es subrayar su vínculo discipular con Saúl Taborda, y a través de éste, con Deodoro Roca. Lo segundo es señalar su inscripción temprana en la tradición vitalista del ensayismo de interpretación caracterológica de la década del treinta, cuyos máximos exponentes son, acaso, Ezequiel Martínez Estrada (*Radiografía de la pampa*) y Eduardo Mallea (*Historia de una pasión argentina*), sin desconsiderar a Raúl Scalabrini Ortiz (*El hombre que está solo y espera*). Nuestra hipótesis de lectura aquí, es que el joven Romero acepta el telurismo del Conde Hermann Keyserling, excéntrico visitante extranjero de ínfulas metafísicas, en términos de un americanismo inspirado explícitamente en Rodó y en Frank, pero a su vez atravesado por el influjo implícito de Taborda y, en una veta indirecta pero igualmente operante, por Deodoro Roca. Permítasenos desentrañar rápidamente este nudo textual de influencias, dilucidando la posición del propio Romero a través de su intervención en las polémicas por el americanismo a que diera pábulo la Revista *Sur* entre 1931 y 1933.

En su artículo de 1933 publicado en *Sur*, “Introducción a un sudamericanismo esencial”, José Luis Romero³ advierte que el juicio observante del filósofo extranjero (Ortega y Gasset, Keyserling) compone una imagen de nosotros mismos que, si se la toma en serio en su pretensión examinadora, no debe privarnos, sin embargo, de arribar a nuestras propias conclusiones sobre el ser americano. De modo que es preciso tomar la palabra por nuestra parte, vale decir, sin delegarla en la mirada indagatoria exterior unilateralmente, como si se la asumiera sin réplica alguna. Lo que implica avenirse a descubrir un elemento *esencial* en la realidad que de nosotros mismos se describe. El propósito de Romero, entonces, es indagar la posibilidad de vislumbrar lo que denomina la “imagen-matriz” de nuestra realidad americana, según ya viene anticipada y esbozada en los escritos de José Enrique Rodó y Waldo Frank, de modo prominente, en el *Ariel* y en *América Hispánica*, cuyas formulaciones nos animan, según el joven historiador, a “esperar del futuro de América una realización definitiva”. Ello nos enfrenta al requerimiento de determinar la condición esencial del cosmos americano como un proyecto, vale decir, como porvenir y en general como futurismo, y en suma como “nuevo mundo”. En este punto de autoafirmación de una temporalidad aún vacía, promisorio aunque indeterminada, es que Romero cree que la aportación de Keyserling es particularmente relevante para dar con una cifra de lo propio que no se defina parcialmente como utopía venturosa, si bien por

³ Romero, José Luis, 1933, “Introducción a un sudamericanismo esencial”, *Sur* N° 8, Buenos Aires.

cierto sin resignar semejante disposición futurista y anhelosa, que es la vena optimista que late en los escritos de Rodó y de Frank. En rigor, Keyserling abre una dimensión de la interpretación caracterológica de lo americano, y por tanto de lo argentino, que será el eje central del ensayismo de los treinta: la consideración *lo telúrico*. Y a subrayar este componente se encamina precisamente la exégesis de Romero de las *Meditaciones Sudamericanas* de Keyserling.

José Luis Romero deslinda, a partir del análisis de Keyserling, lo que denomina un “sudamericanismo exterior” en oposición a un “sudamericanismo esencial”. Según la primera consideración, la exteriorizante, lo sudamericano se definiría por un puro valor negativo. Careceríamos, de acuerdo a esta perspectiva, de toda autenticidad, siendo nuestro carácter producto de lo meramente reflejo y asimilativo. En cambio Keyserling postula para nosotros un contenido privativo. “Keyserling nos ha descubierto una esencia”, repara Romero. De modo que Keyserling “ha adivinado nuestro secreto”, al tiempo que “inaugura una nueva imagen de nuestro mundo: una imagen que podría llamarse *esencial*.” Con estas palabras Romero inquiere la condición privativa e indelegable de la humanidad sudamericana. La respuesta no se hace esperar: lo que define nuestro carácter autóctono y a la vez universal procede de “el punto de vista de la tierra”. Pero Romero juzga necesario circunscribir ese punto de vista a un elemento primordial que no es la mera espacialidad del suelo, digamos, la extensión sarmientina de pampa y desierto como “mal”, sino un principio anímico y vital que la atraviesa morfológicamente. De manera tal que la nota decisiva del alma americana es la influencia telúrica del paisaje en la modelación del ejemplar humano dentro de un orden integral de existencia, singular e intransferible. Evidentemente, esta huella romántica también remite a los esquemas morfológicos del *Facundo*, aunque, con el joven Romero, dando un giro que se sustrae deliberadamente a todo determinismo del entorno, ahora a favor de un ingrediente vitalista, y si se quiere, aún idealista. Este elemento primigenio es precisamente, a juicio del comentarista, el que aporta el vitalismo keyserlingniano, según el cual lo telúrico americano consiste en su valor de “vida primordial” independiente del espíritu europeo, y en comparación con éste, transhistórico.

La vida original sudamericana es gobernada según Keyserling por tres principios concatenados: la “gana”, (impulso anímico impreciso pero potente) la delicadeza y el orden emocional. Dichos factores contribuyen, en la óptica de Keyserling a conformar, ahora dicho con palabras de

Romero, “los primeros elementos para una concepción del mundo autóctona y original.” Esa cosmovisión autóctona, o mejor decir, su clave fundamental, compuesta por elementos primordiales unidos en un flujo vital originario, cuenta a su favor con “una experiencia vivida, auténtica: la de sus raíces telúricas”, apunta Romero. De ahí que para dilucidar el alma sudamericana haya que descubrir “el sentido de la tierra”. Romero concluye así, con Keyserling, que la esencia americana debe descifrarse a partir del significado primigenio de la tierra misma. Esta influencia telúrica originaria es más poderosa que la fuerza modeladora del espíritu, esto es, de la alta cultura europea, y se rige por la profundidad de la vida continental, expresada en la intensidad de la sexualidad y en la profundidad de la tristeza, propia de la emotividad sudamericana. Con ello Romero acepta la validez de lo que denomina el “campo de meditación” del fenómeno americano, y consiente afirmativamente la tesis de Keyserling de que “Sudamérica tiene una auténtica contextura esencial, y a ella se refieren inevitablemente su comprensión del mundo y de la vida.” Romero respira, en definitiva, una atmósfera vitalista de raíces románticas que viene a habilitar su apreciación favorable e incluso defensiva del planteo keyserlingniano.

Ahora bien, ¿solamente este motivo vitalista explica su recepción afirmativa de Keyserling? Creemos que la influencia de Taborda y de Deodoro Roca se verifica precisamente en el telurismo que el joven Romero celebra como aportación decisiva del pensador alemán. En efecto, el joven José Luis Romero, refiere el historiador Omar Acha⁴, reconocía en la figura de Saúl Taborda no sólo al intelectual más importante de su época, sino a su maestro mismo, o al menos a quien ejerciera sobre él un influjo discipular decisivo. Y también el joven Romero acompaña cierto tramo de la trayectoria política del maestro cordobés. Esto se comprueba, por ejemplo, cuando José Luis Romero se muestra como uno de los firmantes del manifiesto F.A.N.O.E, junto al propio Taborda y Carlos Astrada, entre otros. En la declaración de 1932 del Frente de Afirmación del Nuevo Orden Espiritual, se apelaba a un abordaje de los problemas de nuestro tiempo que junto a su aspecto universal debiera atender a la realidad americana y a las circunstancias nacionales. Si bien Romero era un joven arielista, y en seguida un socialista liberal y un reformista de izquierda, su vínculo con Taborda nos parece que es atravesado por la cuestión del telurismo de inspiración nacionalista, si bien menos enfático que en la versión del intelectual

⁴ Op. Cit, p. 16-18.

radicalizado que era su maestro, de tendencia anarquista. En síntesis, Romero no era “facúndico” –tal la fórmula tabordiana-, y no por razones temporales, ya que la Revista *Facundo* saldrá recién en 1935 y aquí estamos parados en 1933, sino por cuestiones doctrinarias, ya que el joven discípulo no se aviene a considerar positivamente la herencia hispanista que lo facúndico evidentemente comportaba en la visión tabordiana. Es que el joven Romero tenía una sensibilidad liberal y republicana ajena a Taborda, que lo hacía rechazar toda forma de comunismo afincado en una redistribución pública de la propiedad de la tierra. En síntesis, si el comunitarismo de Taborda tiene un remate como telurismo político, por decirlo así, ya que asume el caudillismo como metáfora de la voluntad colectiva, en cambio en Romero su liberalismo socialista (esto es, parlamentario) lo inspira un telurismo culturalista, o sea tomando la tierra como expresión propia del animismo caracterológico autóctono.

Sin embargo Taborda transmite al joven Romero la búsqueda de un hombre esencial de voluntad nacional, sustraído al impulso maquinista moderno y resarcido del extravío de su destino telúrico en nombre de una cultura formal y tecnocrática. En los artículos de Taborda de la Revista *Facundo*, nos encontramos ante un léxico y un horizonte temático que sin dudas contiene las claves del ideario americanista en el que el joven Romero se muestra interesado. Así por ejemplo en la editorial del primer número de la revista nos topamos con una apelación a lo esencial que sin duda el joven Romero tomó en serio, ya que allí Taborda⁵ esgrimía que “parar ser historiador y político de verdad es condición indispensable la de saber percibir y aclarar con luz de comprensión, con referencia a los acontecimientos esenciales, la naturaleza y los rumbos de la voluntad colectiva puesta en movimientos hacia fines ideales.” He aquí un motivo de idealidad de comprensión del mundo y la historia, que el arielista Romero no podía sino asimilar positivamente en la voz de su maestro cordobés. Sin embargo, hay un elemento más, atinente al componente telurista. Con la expresión de Fichte, “la tierra es de Dios”, Taborda reafirma en su texto de 1934, uno de sus más importantes, *La crisis espiritual y el ideario argentino*, el sentido de la tierra como disposición cultural previa de una estructuración política, la comuna, que por medio de su reapropiación colectiva sirve de vehículo a la realización autónoma de la nación⁶. Definida precisamente la nación como “una entidad con

⁵ Taborda, Saúl, febrero 1935, “Editorial”, *Facundo* N° 1, Córdoba.

⁶ Taborda, Saúl, 1934, *La crisis espiritual y el ideario argentino*, Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe.

finés propios que aproxima los individuos a su verdadero destino que no es otro que el dar su parte de trabajo en esta tierra, señalada como etapa de un viaje que comienza en regiones invisibles y prosigue también en regiones invisibles”. Advuértase esta consideración propia del misticismo laico de Taborda, la “invisibilidad” de un sentido telúrico que va más allá de su facticidad extensiva y de morfología paisajística, para elevarlo a símbolo anímico espiritual de lo sacro secularizado, tanto como de la preservación de una cultura nativa de las tentaciones mercantilistas y utilitaristas propias de la modernidad capitalista. Pocos años después, más precisamente en 1937 y también procedente del núcleo de *Sur*, Mallea postulará una esencia nacional a partir de su célebre distinción de la Argentina “invisible”, evidentemente con otros matices ideológicos y desplazamientos de significado.

Sin embargo el joven Romero disponía de otra fuente de inspiración americanista, proveniente también de un reformista del 18, Deodoro Roca. A propósito, precisemos que Romero no se afilia al partido socialista hasta 1946, pero desde 1931 mantiene contacto fluido con el mismo, a través de los vínculos de sociabilidad intelectual de su hermano Francisco, entre quienes se contaban, además de Alejandro Korn, el propio Deodoro Roca, que se afiliaría al partido ese mismo año de 1931, como una alternativa de la hora al uriburismo, en muestra de afirmación civil. Pero lo relevante aquí es que en el marco de la Unión Latinoamericana de Córdoba, encontramos en Deodoro Roca el tipo de formulaciones que enseguida manifestarán Taborda y el propio Romero en sus planteamientos de los años treinta. Efectivamente, en un artículo de 1928 de Deodoro Roca, titulado “El drama de América”, hallamos una consideración sobre la esencia americana en la que se rescata la potencia unitiva del vitalismo telúrico como condición de formación de una confederación continental. No cabe duda de que esta posición americanista y anti-imperialista de Deodoro Roca es más que influyente en Romero, incluso por encima del propio Taborda. Leemos en Deodoro Roca⁷: “América Latina se halla trágicamente avecindada. Los hombres atentos al pulso del mundo y los que guardan intacta la esencia del hombre, asisten con ahogada emoción al drama del destino de América”. Y luego añade: “Pero la entraña continental persiste y está plena de ritmos vitales. A poco que nos adentremos, vemos que los particularismos se integran en un nuevo proceso a despecho y por obra de las mismas fuerzas que los estimulan; que ese proceso va del individuo-isla al pueblo-continente; que una nueva

⁷ Roca, Deodoro, 1950, *El difícil tiempo nuevo*, Ed. Lautaro, Buenos Aires.

nacionalidad supraterritorial, ideal, de un más rico contenido humano, acusa tenue perfil, y que en los hombres que en esta América aman, sufren y esperan, pasa por el corazón una fuerza fecundante y oscura que sube y deja en los labios gusto a barro creador.” Nótese en los anteriores pasajes que debemos a Deodoro Roca, la clara presencia de motivos que luego aparecerían en Taborda, y eminentemente en el joven Romero: a) la apelación a una esencia humana americana; b) la invocación a un destino continental de integración federativa supraregional; y c) la apelación a una “entraña vital” telúrica “oscura”, metafóricamente expresada como “barro creador”.

Volviendo por último a su artículo juvenil, creemos que con la expresión “sudamericanismo esencial”, distinguida como categoría del “sudamericanismo exterior” –y de nuevo nos resulta inevitable indicar su anticipación respecto a Mallea–, el joven Romero quiere dar cuenta de un aspecto que no necesariamente prejuzga una “esencia” en el sentido de una existencia invariable del ser americano, sino que más bien viene a ensayar una disposición de autoafirmación identitaria, como diríamos hoy, planteada en clave de un vitalismo voluntarista, que precisamente es uno de los principios medulares de Rodó, y que también atraviesa las postulaciones de Waldo Frank, además de abreviar en el vitalismo de Tabora, que éste adoptara en su estadía universitaria alemana, donde estudiara con discípulos de Georg Simmel. Esto es, creemos que en José Luis Romero, el vocablo “esencial” es un término que remite a dos elementos de juicio íntimamente ligados con la valoración de la experiencia nacional y continental según su vocación *autonomista*: 1) la afirmación autoctonista de una concepción del mundo específicamente americana de sensibilidad humanista, tal como tomara ésta última de su hermano y mentor, Francisco Romero; y 2) la idea de que dicha concepción es preciso escorzarla a partir de un esfuerzo de interpretación de lo interior y aún de una realidad oculta, por caso el país federal postergado y las multitudes urbanas silenciadas. Si nuestra presunción no es demasiado errónea, la diferenciación romeriana entre un “americanismo exterior”, imitativo y dependiente, y un “americanismo esencial”, nativo a la vez que reflexivo y cosmopolita, tal vez pueda leerse aún hoy como un gesto autonomista, argentino y latinoamericano, que eleva su voz soberana en dirección de la venturosa, y si se quiere audaz y arriesgada empresa, de constituir una *cosmovisión autóctona* de dimensión ética y política, que expresare, en palabras de Saúl Taborda, una “voluntad radical” *facúndica*. Una voluntad que aún rebusca su colectivo humano soberano.

